

Lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

INDICE

- Vietnam : una política cada vez más dirigista para poder subsistir
- Cuba : entrada en acción en Africa, discusiones con los USA : dos caras de una misma política
- El movimiento palestino : varias organizaciones para una política similar
- España : Comisiones Obreras al cabo de un año de existencia legal

**mensual
trotskista**

editado por

**lutte
ouvriere**

Julio/1978

No

55

PRECIO : 5 FF

Leed la prensa revolucionaria

**lutte
ouvrière**

FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 120 FF (\$ 25)

Otros países 160 FF (\$ 35)

Tarifas de avión, bajo demanda a

LUTTE OUVRIERE B.P. 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON

6851 10 PARIS

ESTADOS UNIDOS

Bi-mensual trotskista americano

Tarifas para Estados Unidos :

Seis meses \$3

Un año \$6

Bajo pliego cerrado

Seis meses \$5

Un año \$10

Otros países, por avión

Seis meses \$10 (FF 50)

Un año \$ 20 (FF 100)

Por barco

Seis meses \$ 4 (FF20)

Un año \$ 8 (FF 40)

Para el extranjero, pagar de preferencia por giro postal internacional

Escribir a : The Spark,

Box 1047 DETROIT Mi 48231 USA

COMBAT OUVRIER
Mensuel communiste révolutionnaire (trotskyste)

ANTILLAS

Mensual trotskista antillano que publica un suplemento bi-semanal en Martinica y Guadalupe

Tarifas de suscripción :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

bajo pliego cerrado FF 15 (\$ 3)

Otros países : escribir al periódico

Suscripción a : Jocelyn BIBRAC

CCP 32 566-71 La Source-Orléans France

Destinar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier - B.P.-80

93300 AUBERVILLIERS

**le pouvoir
aux
travailleurs**
mensuel trotskyste

AFRICA

Mensual trotskista de idioma francés, editado por :UATCI (Unión Africana de Trabajadores Comunistas e Internacionalistas).

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año FF 36 (\$ 7,5)

Destinar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier B.P. 80

93300 Aubervilliers

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs».

LUCHA DE CLASE

INDICE

- Página 2 Vietnam : una política cada vez más
 dirigista para poder subsistir**
- Página 7 Cuba : entrada en acción en Africa,
 Discusiones con los USA : Dos caras
 de una misma política**
- Página 13 El movimiento palestino : varias
 organizaciones para una política
 similar**
- Página 22 España : Comisiones Obreras al
 cabo de un año de existencia legal**

VIETNAM : Una política cada vez más dirigista para poder subsistir

Cuando en abril de 1975 la caída del régimen de Thieu ponía fin a treinta años de guerra, el FNL y los ejércitos norvietnamitas pensaban ser dueños del país y poder por fin consagrarse a la reconstrucción y al desarrollo económico. Tres años más tarde, están aún dando los primeros pasos en un camino sembrado de todo tipo de obstáculos. La actitud del régimen hacia los chinos de Cholon es significativa de las dificultades económicas y políticas, que se prolongan incluso a nivel internacional y con las cuales se enfrenta.

OBJETIVOS MAS ALLA DE SUS MEDIOS

Hay que decir que el objetivo que se ha fijado el movimiento nacionalista : restablecer una economía nacional, industrializar ese país, es una verdadera apuesta en ese país devastado por la guerra. Ya en el inmediato, el simple objetivo de abastecer el conjunto de la población es difícil de alcanzar.

El régimen está confrontado con problemas enormes. Las destrucciones han sido masivas ; dos millones

de muertos, cinco millones de heridos, un millón trescientos mil huérfanos. Quince millones de toneladas de bombas han sido lanzadas sobre el país, al igual que sesenta y cinco millones de litros de defoliante (cerca de tres litros por habitante). Ciudades y pueblos han sido arrasados, un millón de hectáreas devastadas, el 40 % de las grandes plantaciones de heveas estragadas y todas las pequeñas explotaciones devastadas, 600 000 hectáreas de arrozales destruidas. Y la guerra sigue matando : quedan 300 000 toneladas de bombas en el suelo sin explotar, la mitad de lo que había sido lanzado durante la guerra de Corea.

A pesar del racionamiento, faltan dos millones de toneladas de arroz para hacer frente a las necesidades de la población. Entre 1965 y 1975 el producto nacional bruto no ha aumentado mientras que la población aumentaba del 25 %. El régimen está en un impase. Se necesitan brazos para poner de nuevo los cultivos en marcha, pero también hay que invertir. Para poder cultivar de nuevo una hectárea de plantación de hevea, es necesario una inversión de 3 000 dólares. El plan quinquenal de 1976-1980 preve la puesta en

estado de 15 000 hectáreas de plantación de hevea por año, la roturación de un millón y medio de hectáreas en el sur. Sólo ésto, que no es más que una simple puesta en marcha de la agricultura, necesitaría unos ciento cuarenta millones de dólares.

Los medios a poner en obra sobrepasan ampliamente las posibilidades del país y, aunque vencedores militar y políticamente, los nacionalistas vietnamitas dependen para la realización de sus proyectos económicos, de la ayuda financiera del extranjero, no solamente de la URSS sino también del imperialismo. Es lo que sin duda explica en parte el empirismo de su política en este ámbito, los tateos y la prudencia con la cual avanzan.

A diferencia del régimen camboyano que inmediatamente entabló una serie de medidas extremadamente radicales, el régimen vietnamita intentó una política flexible de persuasión y de «reeducación» de los privilegiados del antiguo régimen, esperando poder asociar a los detentores de capitales privados a la reconstrucción económica del país.

UNA POLITICA CADA VEZ MAS RADICAL

Pero esta política flexible se ha vuelto finalmente en contra del mismo régimen.

Porque por una parte esto no ha impedido que el imperialismo norteamericano suspenda desde hace dos años los créditos para la reconstrucción del país, tomando como pretexto los ataques a los derechos humanos. Y por otra parte, porque el gobierno vietnamita se ha visto en la situación paradójica de haber ganado el poder político sin ser dueño en absoluto ni de los circuitos econó-

micos esenciales ni de los capitales disponibles, especialmente necesarios en ausencia de la ayuda norteamericana para la menor reforma económica.

En efecto, una parte muy importante de las riquezas del país la poseían los ricos comerciantes y los hombres de negocios de las grandes ciudades. El centro financiero y comercial de Sur-Vietnam era Cholon, el barrio chino de Saigón. *«Se evaluaba, a mediados de marzo, que más de la mitad de toda la moneda del sur y casi todo el oro y todos los dólares se encontraban en mano de los hombres de negocios de Cholon.»* (Le Monde del 20 de abril de 1978). En el mismo artículo Gérard Viratelle describe así la ciudad: *«la libre empresa es ante todo familiar; los negocios, las cuentas y los salarios, lo más frecuentemente no se comunican, y los precios siempre varían. Tras las fachadas de mal aspecto, se acumulan reservas enormes —miles de toneladas de arroz, de cemento, de chatarra, kilómetros de tejidos— y se concluyen negocios considerables. Las «protecciones» oficiales, generosamente retribuidas, no han sido nunca difíciles de obtener. La red se extiende hacia el campo, donde un primo, un miembro del clan, establece una tienda de compra y venta, sirve de intermediario y a menudo, por medio de la usura, se convierte en el verdadero detentor del poder económico local.»*

Los mecanismos de la ganancia de esos miles de «compradores» son bastante simples: reunir, almacenar, y especular con el alza de los precios. El control de las redes de minoristas permite además, provocar penurias artificiales.»

Los regímenes precedentes cuyos funcionarios y sus familias estaban estrechamente implicados en esos

tráficos, hubieran sido incapaces de vaciar este absceso, y de reducir esta ciudadela del tráfico y de la corrupción que era Cholon. En 1976 el nuevo régimen ha tratado de apoderarse de todas estas riquezas, pero los comerciantes avisados las dispersaron y las escondieron en casa de particulares. La operación resultó un fracaso. Estando cada vez más apurado, el gobierno volvió a empezar la operación a fines de marzo de este año, pero esta vez con medios importantes. *«La ciudad ha sido bloqueada por el ejército y la policía, ayudados por las Juventudes Comunistas, las reservas han sido confiscadas y el comercio mayorista abolido en el sur.»* (Le Monde del 20 de abril de 1978).

En realidad las reservas de mercancías han sido compradas de nuevo a los comerciantes y pagadas con cheques que sólo se podían cobrar para invertirlos en sectores productivos de provincia, sea en los pueblos, sea en las nuevas zonas económicas para establecer fincas o pequeñas industrias.

Es la comunidad china la que ha sido directamente víctima de estas medidas. Compuesta de un millón de miembros, residiendo en las grandes ciudades, está constituida esencialmente por esos comerciantes y hombres de negocios que detenían esta riqueza procedente del comercio, de la especulación y de tráfico de toda especie. Cerca de la mitad de esa comunidad reside en Cholon. Y hoy en día parece ser que miles, por no decir docenas de miles de ellos, no tienen gana ninguna de incorporarse a actividades productivas seguramente menos lucrativas y tratan de abandonar el país. En el momento en que las relaciones entre China y Vietnam se tienden cada vez más, China ha tomado como pretexto esas medidas del gobierno vietna-

mita, respecto a los comerciantes de Cholon, para ejercer represalias contra Hanoi suspendiendo en particular, la ayuda económica que le suministraba.

En realidad la operación contra los chinos de Cholon tendía ante todo a recuperar los capitales que hasta entonces estaban utilizados sobre todo en la especulación, para poner de nuevo en marcha la economía del país y decongestionar ciudades sobrepobladas. Ambos objetivos van de par.

DECONGESTIONAR LAS CIUDADES

Esas ciudades monstruosas, agrandecidas artificialmente durante la guerra, constituyen uno de los mayores problemas que el régimen intenta combatir. En efecto, en su voluntad de aislar completamente a los combatientes vietnamitas, y de privarles de toda ayuda, el ejército norteamericano había despoblado a regiones enteras destrozando después toda vegetación.

Este había reagrupado la población dentro de las famosas aldehuelas estratégicas, que eran de hecho, verdaderos campos de concentración, y una parte importante de la población rural había tenido que huir hacia las ciudades. Es así como Danang ha pasado de treinta mil habitantes en la época de la colonización a dos millones en 1973, Saigón de quinientos mil a cuatro millones de habitantes. Se evalúa a ocho millones el número de personas desplazadas al sur. Así describe Lacouture el fenómeno en su libro : *«Vietnam, viaje a través de una victoria»* :

«Todas las ciudades se rodearon de una cintura de chavolas atroces hechas con los desperdicios de la guerra : chapas oxidadas, toneles de

gasolina ondulados, y por todas, pero por todas partes la chapa ondulada. ¿ De qué vivían esos miserables amontonados ? De vez en cuando de una distribución de arroz y también de las migajas de un ejército de quinientos cincuenta mil hombres ricos, despilfarradores, con sobra de productos alimenticios, ropa, y futilidades. (. . .) ; En Danang, había en marzo de 1975, cuarenta mil prostitutas, en Saigón cien mil . . . de las cuales dependían quinientas mil personas !» La desmovilización del millón de soldados de Thieu ha agravado aún la situación, y el retiro de las tropas norteamericanas ha agotado al mismo tiempo la fuente que permitía subsistir a una parte de la población.

Desde 1975, por medio de la persuasión pero también reduciendo las raciones alimenticias, el nuevo régimen ha logrado que unas setecientas personas de Saigón volvieran al campo. La mitad han vuelto a sus pueblos de origen, los demás han ido hacia las nuevas zonas económicas, zonas arrasadas por la guerra a las que trata de revalorizar. El problema está aún lejos de estar resuelto. En una entrevista con *Le Monde* del 8 de mayo de 1976, Nguyen Huu Tho, el presidente del FLN, declaraba a propósito de Saigón : «*Nuestra gran preocupación es la de decongestionar las ciudades. Esto nos llevará varios años ya que sobre tres millones y medio de habitantes, por lo menos dos millones son improductivos. Hacemos grandes esfuerzos para que las nuevas zonas económicas sean atractivas.*»

En realidad esas zonas lo son muy poco, ya que se trata a menudo de «zonas blancas», zonas que las bombas y los defoliantes han completamente destruido, que ya no tienen vegetación y cuyos suelos

deben ser reconstituidos poco a poco. «*En muchos casos, la hostilidad del medio ambiente la ausencia de estructuras elementales, la falta de herramientas de abonos y medios de subsistencia hasta la primera cosecha, han obligado a centenares de familias incapaces de sobrevivir en esas condiciones, a volver a la ciudad. A algunos se los ve mendigar en las calles. El efecto es desastroso sobre los que a su vez tenían que irse, y el movimiento ha disminuido*», escribe Paringaux en *Le Monde* del 19 de abril de 1978.

Los brazos no bastan, se necesitan capitales para poner de nuevo en marcha la producción en esas regiones. Y la ayuda extranjera no siendo suficiente, para esto el régimen se ha visto obligado a tomar medidas cada vez más radicales con respecto a los poseedores.

Sin duda, éste tendrá que tomar otras medidas en este ámbito pues es casi seguro que su tentativa de llevar a los especuladores y traficantes a invertir en los sectores productivos resultará un fracaso. El régimen será entonces inducido a tomar medidas de nacionalización y confiscación de bienes que estarán en la lógica, no de un régimen socialista que no existe, sino en la de un régimen que lucha simplemente para volver a poner en pie a la economía del país.

Por el momento el régimen no ha renunciado aún a asociar las empresas privadas al desarrollo económico del país.

EN LA TENAZA DEL IMPERIALISMO

Así como por otra parte Hanoi no ha renunciado a obtener créditos de los países imperialistas. Pero es evidentemente una «ayuda» que el

imperialismo le distribuye con cuentagotas haciendola pagar muy cara. El Japón acaba por ejemplo de acordar a Vietnam una donación de diez y siete millones y medio de dólares y un empréstito de cuarenta y cuatro millones de dólares. ¡ Pero Hanoi ha debido reconocer en cambio las deudas del antiguo régimen contraídas con capitalistas japoneses, deudas que se elevan, a sesenta y ocho millones de dólares ! Igualmente el Banco de Desarrollo Asiático ha aceptado acordar un empréstito de cuarenta millones de dólares pero unicamente porque el régimen de Hanoi se ha comprometido a pagar las deudas del antiguo régimen, ¡ los primeros fondos de urgencia liberados siéndolo para permitir a Vietnam de . . . pagar los intereses enormes de esas deudas !

Es decir que la partida esta aún lejos de ser ganada para el nuevo régimen que depende en fin de cuentas, en su política económica, de las decisiones del imperialismo.

En ese sentido, Vietnam ilustra de manera significativa las dificultades de las cuales este tipo de régimen, que es sin duda popular y dispone de una base social importante,

intenta salirse de apuro, amenazado como está por el imperialismo. Asegurar el abastecimiento de la población tropieza ya con muchas dificultades debidas a las destrucciones causadas por la guerra. Esto muestra lo difícil que es desarrollar una economía nacional, lo que emprendieron los dirigentes chinos con poco éxito en un país inmenso que tiene grandes recursos ; desarrollo tanto más difícil en los pequeños países como Vietnam y Camboya. Las políticas de estos dos países, aunque diferentes, ilustran ambas el mismo problema.

En este mundo dominado por el imperialismo, los pueblos de los países subdesarrollados no tienen desgraciadamente sino la opción entre la vía vietnamita o camboyana, o la vía chadiana o zairiana. Sólo el derrocamiento del imperialismo podría ofrecer otra perspectiva, pero esto no puede ser el objetivo de ninguno de estos regímenes.

Y de hecho, es el fallo del movimiento obrero y el atraso de la revolución mundial que explican en última instancia las dificultades de las cuales intentan salirse de apuro esos países.

CUBA : entrada en acción en Africa, discusiones con los USA, Dos caras de una misma política

Acusado por Carter de haber estado al origen de los disturbios en Shaba, Castro se ha defendido afirmando que no era favorable a la operación llevada a cabo en el pasado mes de mayo por el FNLC contra Shaba y añadiendo, como prueba de su inocencia que él mismo había hecho saber este proyecto que desaprobaba a Casa Blanca. Ningún desmentido de Washington a infirmado estos hechos.

El tono conciliante de Castro en este asunto, sus gestos destinados a disculparlo ante Washington pueden parecer contradictorios con su actitud más ofensiva y sus propósitos más combativos durante su intervención en Angola en 1975-76, y más recientemente a propósito de Rodesia y Africa del Sur.

Pero no habría que concluir que a un Castro anti-imperialista de ayer sucedería hoy un Castro dispuesto a cualquier compromiso con el imperialismo. La contradicción entre ciertas actitudes conciliantes de Castro en estos últimos meses y el tono agresivo que supo adoptar en varias ocasiones en el pasado no es sino aparente.

Los objetivos de los dirigentes castristas no han cambiado desde los primeros años de la revolución cubana : tratan de conseguir un

compromiso con el imperialismo norteamericano, un compromiso que asegure a largo plazo la existencia de Cuba. Este compromiso, lo proyectan desde siempre, pero optaron por no dejarse imponer las condiciones de éste sin decir nada, sino que intentaron al contrario imponer las suyas. Han optado por darse las posibilidades de negociar sobre la base de una correlación de fuerzas lo más favorable posible a Cuba, con riesgo de pasar por duros conflictos. Y sobre esos puntos esenciales la política de Castro es hoy en día fundamentalmente la misma que hace diez años, o diecinueve años. Si cambio hubo, hay que buscarlo del lado de los Estados Unidos, que desde hace alguno años no rechazan ya la idea de una «normalización» de sus relaciones con Cuba.

CONSEGUIR UN COMPROMISO CON LOS USA : DESDE SIEMPRE UN OBJETIVO PARA CASTRO

Cuando, en 1959, Castro y los dirigentes de la revolución cubana tomaron el poder, no deseaban romper con los Estados Unidos. Sin embargo las exigencias del imperia-

lismo norteamericano, su intransigencia, fueron tales que pusieron a los dirigentes cubanos frente a una alternativa crucial. O bien renunciaban a su programa y a los triunfos de la revolución, y un compromiso era en el acto posible, o bien hacían frente, arriesgándose a sufrir represalias por parte de los USA que trataron de hacer ceder a los dirigentes cubanos organizando el aislamiento de Cuba, isla subdesarrollada, incapaz de sobrevivir mucho tiempo sin relaciones económicas con otros países.

Castro optó por hacer frente. Se negó a ceder sobre la reforma agraria, la nacionalización de las empresas azucareras y petrolíferas norteamericanas. Respondió a las amenazas norteamericanas con medidas cada vez más radicales. Antes que traicionar las esperanzas y las aspiraciones a la dignidad de la población cubana que se había movilizado tras él, Castro prefirió apoyarse sobre ésta para resistir a la presión del imperialismo norteamericano.

Los dirigentes cubanos demostraban así, a la faz del mundo, que un pueblo pequeño decidido podía desafiar a la mayor potencia imperialista. Y esta audacia y esta determinación revolucionaria explican que Cuba haya representado algún tiempo, para muchos oprimidos, una esperanza y una bandera.

Sin embargo este radicalismo no significaba que Castro contaba encabezar la lucha de los oprimidos del mundo entero contra los explotadores y que quería echar abajo al imperialismo.

Castro y los dirigentes cubanos fueron siempre revolucionarios situándose sobre el terreno de la burguesía. Su programa era —y sigue siendo— un programa nacionalista burgués proponiéndose sacudir la opresión nacional que pesaba en

Cuba y sacar el país del subdesarrollo. Aquéllos que pensaban que Cuba se daba como objetivo la revolución socialista y la caída del imperialismo han sido quizás decepcionados de ver a Castro a menudo dispuesto a compromisos, pero han sido tan sólo víctimas de sus ilusiones pasadas.

Toda la política exterior de los dirigentes cubanos desde los años sesenta tiene como objetivo el encontrar para Cuba aliados para sobrevivir y crear una correlación de fuerzas que le permitiera hacer valer sus derechos ante el imperialismo norteamericano.

Eso no tenía nada que ver con la edificación de una internacional proletaria, estado mayor de la revolución socialista a la escala del mundo. Las referencias al internacionalismo proletario, frecuentes en los labios de Castro y que le sirvieron para justificar su intervención en Angola en 1975, o, más recientemente, su apoyo al jefe de Estado etíope Mengistu Haile Mariam, no tienen nada que ver con la política internacionalista de los bolcheviques en los primeros años del régimen soviético; ni nada que ver tampoco con aquella que hubiera llevado a cabo un Estado obrero en la situación de Cuba. Pero el leninismo de Castro jamás engañó más que a quienes dejarse engañar convenía.

La política exterior de Castro no tenía ni tiene nada que ver tampoco con la aplicación de una política tendiendo a hostigar sin tregua al imperialismo y a suscitar en todas partes del mundo la rebelión de los oprimidos (aunque fuese sobre bases nacionalistas). Se encontraría sin duda en los discursos de Castro, abundantes declaraciones yendo en ese sentido. Pero en realidad la política de Castro siempre fue

mucho más prudente y calculada de lo que dejaban parecer sus generosos y líricos discursos que demasados soñadores tercermundistas preferían tomar al pie de la letra.

El radicalismo de Castro, sus vínculos con el campo soviético, su entrada en acción al lado de tal o cual movimiento o Estado del tercer mundo nunca han resultado de alternativas tomadas en nombre de los principios revolucionarios, pero más bien de alternativas tácticas, más o menos impuestas por las circunstancias. Y finalmente si Castro siempre se ha defendido con audacia, no obstante, se ha revelado siempre relativamente responsable cara al imperialismo norteamericano.

LA ALIANZA ENTRE CUBA Y LA UNION SOVIETICA : UNA UNION FORZADA QUE NO HIPOTECA EL FUTURO

Los lazos establecidos entre Cuba y la Unión Soviética, el hecho de que Cuba efectue la mayoría de sus intercambios comerciales con ésta o con los países llamados socialistas, el hecho de que la política extranjera de Cuba, notablemente en África, esté calcada sobre la de los soviéticos, no es en absoluto incompatible con la perspectiva que tienen desde siempre los dirigentes cubanos de lograr un compromiso con los Estados Unidos.

La opción de dirigirse hacia la Unión Soviética antes que capitular ante el imperialismo norteamericano que organizaba el bloqueo de Cuba al principio de los años sesenta, no implicaba para los dirigentes cubanos (ni tampoco para los dirigentes soviéticos) que Cuba integrase definitivamente el campo llamado socialista.

Cuba encontró por parte de la Unión Soviética un apoyo militar y

una salida económica sin los cuales no habría sobrevivido. En cuanto a los dirigentes cubanos, sabían que no eran tan indispensables a la Unión soviética como para poder permitirse no inclinarse a sus condiciones en más de un capítulo, pero esto no significaba que se comprometían definitivamente en esta vía.

Ante el fracaso del programa de industrialización (1960-1963) Cuba concentró sus fuerzas en el desarrollo del cultivo de la caña de azúcar cuya principal parte debía ser exportada hacia la Unión Soviética a un precio garantizado, independiente de las fluctuaciones del curso mundial, y que rápidamente superaría a éste último. En cambio, la Unión Soviética aprovisionaría a Cuba en pretróleo, material agrícola, y productos de toda especie. Castro no tenía más remedio que aceptar las condiciones de Moscú. Tanto más que la producción de caña de azúcar no alcanzó nunca el quota fijado (Cuba no produjo nunca los 10 millones de toneladas prometidas para la «gran zafra» de 1970). La deuda de Cuba con respecto a la Unión Soviética no ha dejado de acrecentarse, endeudamiento agravado aún por los múltiples empréstitos a largo plazo, la mayoría reembolsables en especie que Cuba debió contraer para poder resistir.

Esta dependencia económica no podía más que llevar consigo una fuerte dependencia política.

En el plano interior Castro ha instituido un régimen semejante, al menos externamente, al de las democracias populares con un Partido Comunista todopoderoso, como partido único, e instituciones de denominación socialista.

En el plano de su política exterior Castro resistió antes de abrazar la causa soviética. Así, en 1966, durante la Conferencia Tricontinental

que tuvo lugar en la Havana, Castro que impulsó la creación de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) ostentó posiciones muy críticas con respecto a Moscú y los partidos comunistas latinoamericanos. Esto bastó para que una parte de la extrema izquierda hiciera de Castro el pionero del comunismo no-stalinista. Pero tales no eran sus ambiciones. En 1967-68, la Unión Soviética presionó económicamente a Cuba (atraso en las entregas de petróleo, demandas de reembolso de empréstitos); lo que condujo a ésta a ser mas docil: Castro caucionó oficialmente la intervención soviética en Checoslovaquia en 1968. En 1972 Cuba ingresó en la organización económica internacional dominada por la URSS, el COMECON. Pero todo esto impidió a Castro guardar y ostentar una cierta independencia con respecto al campo soviético queriendo situarse entre los «países no alineados», participando a sus conferencias, incluso si debía verse reprochar, como en 1973, durante la Conferencia de los países no alineados en Argel, sus vínculos con la Unión Soviética.

Desde hace varios años, Cuba pisó sistemáticamente los talones a la URSS en Africa, sosteniendo a los mismos movimientos y a los mismos Estados: Guinea Bisau, Angola, Mozambique, etc. Y esto aún a riesgo de cambiar de campo, si a remolque de la URSS fuera necesario: de esta manera, después de haber abrazado la causa de Somalia, bautizada durante un tiempo «socialista», la URSS se volvió hacia Etiopía a riesgo de ver levantarse contra ella el movimiento de independencia de Eritrea que hasta entonces sostenía; y Castro siguió el movimiento.

Es cierto que esta estrecha colaboración sobre el continente africa-

no no viene de que en cada momento los intereses nacionales de la URSS coincidan con los de Cuba. Es la Unión Soviética que sin duda impone esas opciones a Cuba. Y probablemente los dirigentes soviéticos que vacilan en comprometer a sus hombres en las arriesgadas aventuras africanas, donde además no quieren enfrentarse abiertamente con el imperialismo norteamericano, prefieren ver a los soldados cubanos en primera línea al lado de tal o cual régimen limitándose en la medida de lo posible a suministrar armas. Tampoco es falso decir que las tropas cubanas combaten en Africa para defender los intereses de Moscú. Pero esto sólo es verdad en parte, pues, en esta operación los dirigentes soviéticos dan al régimen cubano no solamente la ocasión de entablar relaciones económicas y políticas con diversos países africanos, sino además, y quizás sobre todo, la ocasión de demostrar a Cuba que dispone de una fuerza militar capaz de intervenir, lo que constituye para los dirigentes cubanos un triunfo para una eventual negociación.

Según el Departamento de Estado norteamericano, habría actualmente unos 38 000 civiles y militares cubanos presentes en unos quince Estados africanos. Angola contaría por su parte con unos 4 000 técnicos y 19 000 militares mientras que 10 000 cubanos estarían actualmente en Etiopía al lado del régimen de Mengistu Haile Mariam. Esos «cooperantes» civiles y militares de los cuales Castro se enorgullese son incontestablemente, en cierto modo, unos triunfos entre las manos de Castro frente al imperialismo. Y el empeño en Africa al lado de la URSS no hipoteca las perspectivas de «normalización» entre Cuba y los Estados Unidos, ni desde el punto

de vista de Cuba ni desde el de la URSS, ni según parece desde el de los Estados Unidos.

UN ACERCAMIENTO EN EL CUAL CUBA TIENE POCA INICIATIVA Y POCO MARGEN DE MANIOBRA

Cualesquieran que fuesen los deseos de Castro de reanudar sus relaciones con los USA y los países imperialistas, estas aspiraciones no podían encontrar un embrión de realización mientras el imperialismo norteamericano se negase a ello. Fue necesario esperar el fin de la guerra de Vietnam y la adopción por los USA de una política llamada de «detente», para que 14 años después de la revolución cubana éstos consideren una política más flexible con respecto a Cuba.

A principios de 1973, personalidades del Congreso hicieron campaña en dirección de Nixon en favor de una normalización de las relaciones con Cuba. Cuba es ahora un estorbo menor, afirman, los movimientos de guerrilla han sido aplastados o se apagaron de por sí, el bloqueo ya no corresponde a las necesidades de la época. Han sido firmados entonces algunos acuerdos entre Washington y La Habana concernientes a los prisioneros norteamericanos. La presión norteamericana aflojándose, Perú (en 1972), luego Argentina (1973), Panamá y Venezuela (1974), Colombia (1975) reanudan sus relaciones con Cuba. La Organización de los Estados Americanos (la OEA) sanciona este estado de hecho poniendo fin a la prohibición (decidida en 1964) hecha a todos los países miembros, de mantener relaciones con el régimen cubano. De la cual hicieron caso omiso Canada, México, y, de 1970 a 1973, el Chile de Allende.

En febrero de 1975, Edward Kennedy afirmó estar por su parte favorable al desembargo mientras que algunos meses más tarde Castro declaraba que estaba dispuesto, en caso de desbloqueo, a negociar con los USA la indemnización de las propiedades norteamericanas nacionalizadas.

Tal evolución debía de alegrar a Castro. Pero esta puerta entreabierta no significaba que estaba ganada la partida. Y no tiene nada de extraño que, a pesar de esta reanudación de contactos, Castro haya intervenido en esa época en Angola, contra las fuerzas apoyadas por los USA.

Los dirigentes cubanos saben que en sus relaciones con los USA, no tienen la iniciativa. El ritmo de la evolución de un acercamiento desde ahora posible entre ambos países depende en primer lugar de la buena voluntad del imperialismo norteamericano, pero también, por el momento, del consentimiento de la Unión Soviética, al menos mientras Castro no tome la iniciativa de un alejamiento o de una ruptura con Moscú. La URSS parecía alegrarse de la nueva orientación del imperialismo norteamericano, al menos a sus principios. Sin embargo Cuba es un elemento importante en las relaciones entre los USA y la URSS, y los azares de éstas pueden imprimir un curso muy sinuoso al encaminamiento hacia una «normalización» de las relaciones entre Cuba y los USA.

Después de una interrupción, desde la victoria de Carter, el gobierno norteamericano abrió de nuevo la puerta. Mientras Castro ponderaba los méritos del nuevo equipo Carter, Cyrus Vance precisaba en 1977 que las intervenciones cubanas en Africa no eran un obstáculo a las discusiones entre los USA y Cuba. En 1977, un acuerdo era firmado : diplomáticos serán intercambiados en-

tre ambos países ; por otra parte un reglamento concerniente a la pesca y la circulación marítima era establecido. También en 1977, un contacto directo se estableció con la presencia en La Habana de una sección de intereses norteamericanos con estatus diplomático. En las entrevistas con los hombres de negocios norteamericanos, se discutiría cada vez más de los sectores en los cuales son posibles cambios económicos : posibles ventas de soja norteamericano a Cuba, posibles participaciones de las multinacionales a la explotación del níquel cubano, de la extensión de la primera central nuclear construida por los soviéticos, de las tecnologías agrícolas norteamericanas importables a Cuba. Tantos gestos que muestran que un acercamiento con los USA es posible, acercamiento del que los dirigentes cubanos pueden pensar que tienen mucho que ganar.

No hay contradicción de fondo entre el hecho de que Cuba quiera ir más adelante en la vía de un reglamento negociado a largo plazo con los USA y el hecho de que siga comprometiéndose en Africa. Como tampoco hay contradicción de fondo entre el hecho de que Castro se haya disculpado de toda responsabilidad en el asunto de Shaba y el hecho de que mañana quizás Cuba aumente su ayuda a tal movimiento o tal régimen africano hostil a los USA.

El régimen cubano está dispuesto a negociar su buena situación, y esto desde siempre, en el marco de un mundo dominado por el imperialismo. Pero para obtener esta buena situación los dirigentes cubanos optaron por la lucha. Disponiendo de un margen de maniobra muy estrecho, han jugado, tanto como lo podían, todas las cartas de que disponían, respondiendo al día a los problemas que se planteaban, aunque pudieran parecer contradictorias estas cartas.

Entonces los dirigentes cubanos no están en absoluto dispuestos a sacrificar en lo más mínimo la correlación de fuerzas que han sabido crear para precipitar las negociaciones ; no son además suficientemente ingenuos como para creer que esto podría ser eficaz. Y sobretodo, esto no corresponde a la opción política que han hecho.

El actual cambio de actitud del imperialismo norteamericano con respecto a Cuba no es el resultado de esta correlación de fuerzas, Castro lo sabe, sino de otra orientación del imperialismo norteamericano. Pero sabe también que el contenido de los acuerdos posibles depende de sus triunfos ; y el peso que puede conseguir en Africa le parece uno, aunque éste dé pretextos para diferir la «normalización» de la cual hablan desde ahora.

EL MOVIMIENTO PALESTINO : varias organizaciones para una política similar

Las escaramuzas que se han producido en Líbano, entre grupos palestinos y unidades de la FINUL (Fuerza Interina de las Naciones Unidas en Líbano), han llamado, una vez más la atención sobre las políticas divergentes que se enfrentan en el seno del movimiento nacionalista palestino. En efecto, la mayoría de la OLP (Organización de Liberación de Palestina) de Yasser Arafat se declaraba dispuesta a cooperar con la FINUL, mientras que los elementos próximos al «Frente del Rechazo», por su parte, se mostraban dispuestos a entablar la lucha con ella.

La división del movimiento palestino en un abanico de tendencias políticas no es algo nuevo. Pero hoy, después de diez años de luchas intensas y de dificultades trágicas para el movimiento palestino, es posible sacar un balance de las diferentes políticas que se han enfrentado en su seno. Y este balance es, primero, que si la política seguida por la dirección de la OLP con Yasser Arafat no ha evitado al pueblo palestino sufrir reveses graves, tampoco los que se presentaban en tanto que izquierda o hasta en tanto que ala revolucionaria del movimiento, han ofrecido, en ningún momento, una verdadera alternativa

a la política de la dirección de la OLP. Hasta tal punto que hoy además, a pesar de las dificultades diplomáticas y militares, la tendencia moderada de la OLP parece sentirse en postura de fuerza con respecto al ala izquierda. Así, la dirección de la OLP se comprometió en hacer ella misma la represión contra los «elementos indisciplinados» palestinos que tratarían de oponerse a los «cascos azules» de la ONU.

Para sacar este balance, cabe recordar las adversidades que ha encontrado el pueblo palestino durante estos últimos años, y cómo las varias tendencias las han enfrentado.

EL ABANICO POLITICO PALESTINO

En el seno del movimiento nacionalista palestino, el «Fatah», el movimiento de Yasser Arafat, es ampliamente mayoritario. El «Fatah» (Movimiento de Liberación Nacional de Palestina) al poner la liberación de Palestina en primer plano, considera que todas las demás cuestiones se ven subordinadas a ésta. Muy en particular, el «Fatah» tiene costumbre de no pronunciarse en la demás cuestiones políticas que dividen al

mundo árabe, y de no diferenciar por ejemplo, los gobiernos árabes reaccionarios de los «progresistas». Busca indistintamente su apoyo y sólo juzga su mayor o menor apoyo al pueblo palestino.

Además del «Fatah», varios movimientos se reclaman de un nacionalismo palestino más o menos radical, tal la «Saika» (vinculada a los dirigentes sirios) y otros movimientos de menor importancia. Pero también otros movimientos, a la izquierda del «Fatah», se reclaman, además, del marxismo. Los más conocidos son el FPLP de Jorge Habache (Frente Popular de Liberación de Palestina) y el FDLP (Frente Democrático de Liberación de Palestina) de Nayef Hawatmeh, anteriormente llamado FDPLP (Frente Democrático y Popular de Liberación de Palestina) y que es una escisión del primero.

El FPLP es la principal organización que hoy compone el «Frente del Rechazo». Procede del MNA (Movimiento Nacional Árabe), organización nacionalista fundada en 1951, adherente a la ideología del nacionalismo panárabe, representada por algún tiempo, por Nasser. Fue en 1966-67 cuando el MNA dió a luz al FPLP, éste reclamándose del marxismo-leninismo.

El FPLP proclama su compromiso total en la «resistencia popular armada». Proclama que *«la lucha del pueblo palestino está orgánicamente vinculada al combate de las fuerzas revolucionarias en el mundo árabe»*. Distingue entre los diferentes gobiernos de los países árabes, por una parte, *«las fuerzas árabes reaccionarias y los regímenes que las representan»*, y por otra, *«los regímenes nacionales en los cuales la pequeña burguesía tiene el poder»*, aludiendo (en esto) a los países árabes llamados «progresistas», como

Siria, Irak, o hace algunos años, Egipto. Por fin, refiriéndose a la lucha de clase, declara que *«la fuerza principal de la revolución palestina, la compone la clase de los obreros y de los campesinos»*, que, sin embargo, deben de unirse a *«la pequeña burguesía palestina»*. Denuncia, en tanto que enemigos del pueblo palestino, al *«sionismo, al imperialismo mundial y a la reacción árabe»*.

Por su parte, el FDLP de Nayef Hawatmeh se ha separado en 1969 del FPLP, al que no consideraba como bastante marxista. Proclama que *«la pequeña burguesía no está calificada para dirigir el movimiento de liberación nacional y realizar sus objetivos. Aquella misión sólo pertenece a la clase de los obreros y de los campesinos pobres»*. Afirma que la lucha de los palestinos sólo puede ser victoriosa si llega a ser una guerra popular, apoyándose en la movilización de las clases populares en el seno de la población palestina, y que debe de apoyarse igualmente sobre los aliados «progresistas» que puede encontrar en el seno de los demás países árabes, incluso de Israel.

DIEZ AÑOS DE REPRESION CONTRA LOS PALESTINOS

Pero los diez años que acaban de pasar han mostrado ampliamente que la izquierda del movimiento, a pesar de su fraseología marxista, no ofrecía al pueblo palestino llevar una política meramente diferente de la del «Fatah», ni en todo caso una política enseñando al pueblo palestino cuales son sus verdaderos aliados y sus verdaderos enemigos.

Aquellos diez años están sin embargo, entrecortados por graves dificultades para el pueblo y para el

movimiento palestinos. En los años 1968-69, éste se hallaba en su apogeo. Después de la ocupación israelí de Cisjordania, de Gaza y de Sinai, cuando la guerra israelo-árabe de junio de 1967, una corriente irresistible llevaba el pueblo palestino a sostener activamente las organizaciones de resistencia. Los efectivos de los «Fedaines» miembros de las organizaciones militares se habían multiplicado por diez en unos años. Además, los Palestinos capitalizaban la simpatía de una gran parte de la población de los demás países árabes, en Jordania y en Líbano especialmente.

Pero después se desarrolló un cruel proceso de represión en Oriente Próximo. Los gobiernos árabes han conducido la mayor parte de esta acción de represión contra los Palestinos: el primero fue el gobierno jordánés que, en septiembre de 1970, ahogó sangrientamente a los movimientos de guerrilla establecidos en los campos palestinos de Jordania. Los demás gobiernos árabes deploraron entonces oficialmente, la represión hecha por Hussein pero después llevaron una política semejante.

Así el gobierno sirio, llamado «progresista» se empeñó en reglamentar severamente las actividades palestinas en su suelo, tolerándolas sólo si se situaban en el ámbito de la «Saika», la organización palestina estrechamente controlada por el gobierno sirio, y que, en realidad, no constituye sino una fuerza complementaria del ejército sirio.

El gobierno egipcio, por su parte, teniendo pocos Palestinos en su territorio, podía autorizarse a proclamar con más fuerzas su solidaridad con ellos. Pero eso no le impidió, a él tampoco, controlar estrechamente la prensa palestina que salía en Egipto, ni cerrar varias veces las

radios palestinas que emitían en El Cairo.

Por fin, la última acción de «normalización» hasta ahora, fue la de Líbano, último país donde las guerrillas palestinas disponían de cierta libertad de acción. Era una de las apuestas de la guerra civil libanesa, empezada en abril de 1975. Y, ya que la extrema-derecha y el ejército libanés se mostraban incapaces de vencer militarmente a los Palestinos, fue el ejército de la «Siria progresista» el que intervino contra ellos, primero en tanto que tal y después bajo el nombre de «fuerza árabe de pacificación», es decir con el aval oficial de los países de la Liga Árabe.

En esta obra de represión llevada a cabo por los gobiernos árabes contra los Palestinos, es significativo que los que les han afirmado durante más tiempo su solidaridad son los que se encuentran más alejados del lugar de los combates, y que casi no tienen Palestinos en su territorio, como Argelia, Libia, e Irak. Esto demuestra hasta qué punto la solidaridad afirmada por los gobiernos árabes era formal y escondía —bastante mal— una hostilidad de fondo en cuanto al movimiento palestino.

Sin embargo, a primera vista, las organizaciones palestinas eran un aliado importante para los dirigentes árabes, en sus dificultades diplomáticas y militares con Israel y con el imperialismo; y, además, un aliado del cual no tenían nada que temer ya que sus objetivos se limitaban al nacionalismo palestino.

Sin embargo, era por motivos de contenido político que los dirigentes árabes les combatían. Pues, estas organizaciones se apoyaban en un pueblo palestino esparcido entre varios países árabes, que tenía confianza, no en el gobierno de dichos países, sino en la autoridad de la OLP. Por esto, aunque no lo



Leader of the Workers' Commissions Camacho on his way out of prison, on the first of December 1975—a short time after Franco's death. Today, he heads the main Spanish union confederation.

Camacho, el líder de Comisiones Obreras, a su salida de cárcel, el 1 de diciembre de 1975, después de la muerte de Franco. Hoy, a la cabeza de la principal confederación sindical de España.

quisiera, la OLP representaba en cada país árabe, una especie de fuerza supranacional, competidora con los diferentes Estados de la región. Podía constituir un polo de referencia para las oposiciones, para los descontentos y las esperanzas de los pueblos de estos Estados, sobre todo en vista del carácter anti-democrático de los regímenes en el poder. Para las masas populares de los países árabes, los Palestinos iban representando la aspiración nacional árabe, superando el nacionalismo egipcio, sirio, iraqués, libio u otro.

Los dirigentes de los Estados árabes combatieron a los Palestinos porque éstos, representaban esta posibilidad de movilización popular que se apoyaría sobre el sentimiento nacionalista panárabe y que irían más lejos que estos incluso, y sobre todo si estos dirigentes, tal un Nasser o un Kadafi, no desdeñasen, por su parte, reclamarse de un anti imperialismo panárabe. Ya que dicho panarábismo sólo era, para estos dirigentes, un modo cómodo de esconder su ambición de conseguir la dirección del mundo árabe, planeando, claro está, «unificarlo»... pero, en realidad, bajo la forma de una extensión de su propio Estado.

Anque esto era el principal motivo de la hostilidad de los Estados árabes en cuanto a los Palestinos y a la OLP, también podía ser para ésta última fuente de fuerza, asegurándole el apoyo profundo de los pueblos de los Estados árabes. Pero, para asegurarse sistemáticamente este apoyo, hubiera tenido que escoger concientemente levantar la bandera del panarábismo, portándose en cierto modo como un partido jacobino de la «nación árabe», luchando a la vez por su emancipación nacional y por su unificación. Esto implicaba, claro, un enfrentamiento con los

gobiernos árabes al poder. Pero, de todos modos, este enfrentamiento, ¿no lo tenía ya la OLP?

Esta opción política, no la escogió la mayoría de la OLP. La dirección de la OLP se negó a combatir contra estos mismos gobiernos que la combatían. Al contrario, escogió, a cada etapa, darles garantías, componer con ellos, y por fin retroceder ante sus ataques para intentar salvar lo que todos llamaban la «solidaridad» inter árabe. Pero eso no impedía que esos gobiernos, en cuanto se sentían más fuertes, le causarían nuevos perjuicios.

Es significativo que, en estas diferentes etapas, trágicas para el pueblo palestino, la izquierda palestina no haya escogido, en realidad, una opción diferente. En efecto, como tampoco lo hizo la mayoría de la OLP, no se solidarizó en realidad con las masas populares de los países árabes, ni proclamó la necesidad de unirse con ellas contra sus gobiernos.

EL MOVIMIENTO PALESTINO Y LOS ESTADOS ARABES

El FPLP y el FDLP proclamaban sin embargo la necesidad de aliarse a «los elementos progresistas» de los países árabes, contra los elementos reaccionarios.

Pero, tras la fraseología radical, yacía una política absolutamente análoga a la del resto de la OLP. Lo que proponían el FPLP o el FDLP, era en realidad, pronunciarse por ejemplo por tal régimen árabe reputado «progresista» y buscar su apoyo de manera privilegiada, aun a costas de ponerse contra si tal régi-

men reputado reaccionario. Así, se ha visto al FPLP establecer lazos privilegiados con Irak, mientras que el FDLP, por su parte, se acercaba a Siria.

Sin embargo, los regimenes llamados «progresistas» de Siria o de Irak, o los países árabes llamados «duros» como Argelia o Libia no tenían de «progresistas» sino el nombre. El compromiso de Siria al lado de la derecha libanesa debía además demostrarlo espectacularmente. Dicho «progresismo» no era sino un argumento demagógico empleado en las rivalidades nacionales con los otros países árabes, o para conseguirse, por periodos, el apoyo de la URSS contra el imperialismo en la región. Pero estos regimenes eran igualmente burgueses, igualmente dictatoriales, igualmente opuestos del todo a las masas populares de sus países ; e igualmente opuestos también, por las mismas razones que los otros a la existencia de movimientos palestinos en su suelo, ¡salvo, por supuesto, cuando estos movimientos palestinos eran inexistentes como en el caso de Argelia y Libia!

La orientación del «Fatah» y de la mayoría de la OLP era la de no ligarse en prioridad con ningún Estado árabe en particular, sino jugar el juego con todos aquellos que se mostraran dispuestos a ayudarles o a tolerarles, dándoles garantías de no ingerencia en los asuntos interiores de estos Estados. Y una de estas garantías, justamente, consistía en evitar todo compromiso demasiado preciso en el plano internacional al lado de tal o cual grupo de Estados ; era de mostrar la orientación independiente de una OLP únicamente preocupada por el porvenir de Palestina. Consistía en no dejar creer nunca a un gobierno que la OLP podría por ejemplo comprometerse con su rival.

Los dirigentes mayoritarios de la OLP sabían que tendrían que andar con rodeos si querían a pesar de todo intentar hacerse aceptar por los gobiernos árabes. Se trataba para ellos de hacer todo lo posible con tal de dejar subsistir, entre los Estados árabes, Israel y el imperialismo, un margen de existencia para el movimiento palestino.

Si este margen era pequeño, y si se fue estrechando cada vez más, no es a causa de la OLP en sí, sino más bien de la correlación de fuerzas en el plano militar y diplomático. El objetivo de la dirección de la OLP era entonces salvaguardar a toda costa la posibilidad, a una u otra etapa de un reglamento diplomático en Oriente Medio, de que se tenga recurso a ella. Para ésto, le era necesario negociar su existencia con los gobiernos en vigencia, dejar entender que estaba dispuesta a hacer concesiones, tratar con cuidado sus relaciones diplomáticas con todos sus interlocutores de los Estados árabes. Al mismo tiempo, debía hacer reconocer su representatividad, sosteniendo por un lado acciones militares contra Israel, mostrándose capaz de controlarlas, y por el otro imponiendo su autoridad a los «elementos indisciplinados» de los Palestinos. En una palabra, se trataba para la OLP de hacerse reconocer como poder de Estado posible sobre un eventual territorio palestino, y finalmente como uno de los mejores posibles. Y es ante los Estados árabes, ante el imperialismo e incluso ante Israel que la dirección de la OLP quería hacerlo.

Así pues, estas opciones políticas de la OLP, se colocaban de hecho en el interior de una lógica de clase. A ningún precio la dirección de la OLP quería aparecer como ofreciendo a las masas populares de los países árabes una bandera tras la cual éstas

podieran combatir el Estado de sus opresores.

La OLP representaba las aspiraciones de la pequeña burguesía palestina de tener su Estado propio y sólo quería representar eso. No organizaba ni disciplinaba las masas palestinas sino en la medida en que guardaba el estrecho control político, en los límites de sus objetivos. Y si entre los gobiernos burgueses y aún feudales de los países árabes por una parte, y las masas populares de estos países por otra, no quería a ningún precio optar por las masas populares, era una preferencia de clase, y también su propio interés ante las masas palestinas. En la perspectiva de la creación de un Estado palestino, la OLP transformada en gobierno palestino, tendría a su vez que hacer reinar el orden y disciplinar a las masas. Además, en parte, ya lo hace en los campos de refugiados donde desempeña el papel de poder de Estado.

Pero la política que proponía la izquierda del movimiento palestino se colocaba en realidad, al interior de la misma lógica de clase. Cuando hablaba de aliarse con los «elementos progresistas» de los demás países árabes, hablaba solamente de alinearse al lado de tal o cual partido nacionalista, o tal o cual Estado, lo que equivale a optar por ligarse prioritariamente en el marco de los países árabes, a los Estados llamados «progresistas», o «duros» o incluso a los llamados «socialistas». Pero, de la misma manera que los dirigentes de la OLP, la izquierda no aceptaba pronunciarse por las masas populares contra estos gobiernos. El color más «izquierda» del FDLF, del FPLP y de algunos otros, reflejaba finalmente el color «izquierda» que se daba por periodos, la política de los Estados como Siria, Libia o Argelia.

LA GUERRA CIVIL LIBANESA

La política llevada por las diferentes tendencias palestinas a lo largo de la guerra civil libanesa, a pesar de las apariencias, no contradice en absoluto sus opciones políticas habituales. Sin embargo, por primera vez en un país, el movimiento palestino parecía colocarse al lado de las masas populares contra las fuerzas reaccionarias. En efecto, se veía enfrentarse las milicias cristianas, bajo la dirección de la extrema derecha libanesa, contra la izquierda libanesa cada vez más aliada a los Palestinos.

Pero el compromiso de los Palestinos en la guerra civil libanesa sólo se explica por el hecho de que había sido forzado. Es la extrema derecha libanesa quien, al provocar la guerra civil, atacó tanto a las milicias palestinas como a las de la izquierda libanesa. Los dirigentes de la OLP, han tratado de salir del apuro y desempeñar, por ejemplo, un papel de arbitro imparcial, buscando impedir los enfrentamientos entre las milicias de izquierda y de derecha.

Y sobretodo, si los movimientos palestinos, o por lo menos una gran parte de éstos, han combatido por fin, al lado de las milicias de la izquierda libanesa, incluso dándoles lo esencial de su fuerza militar, aquello no representaba una alternativa de clase diferente de la anterior hecha hasta entonces. La «izquierda libanesa», con su principal dirigente Kamal Joumblatt, estaba, por cierto, apoyada por las masas pobres, muy en particular musulmanas, del país. Pero, desde el punto de vista político, reflejaba solamente las aspiraciones de la pequeña burguesía musulmana, aliada a la gran burguesía musulmana, a rebelarse contra la tutela sofocante que la gran burguesía cristiana marronita

hacia reinar en el país. Y es bastante significativo que, en las zonas que estaban bajo su autoridad, las reivindicaciones de las masas populares hayan sido totalmente ignoradas por los dirigentes de la izquierda libanesa para quienes el único objetivo político de la guerra civil era una vaga reforma democrática del Estado libanés. Los dirigentes de la izquierda, burgueses y pequeño burgueses o incluso grandes feudales musulmanes, eran en realidad, hostiles a toda irrupción autónoma de las masas populares libanesas en la escena política. Y, en las zonas controladas por la izquierda libanesa, ésta se cuidó de realizar cualquier reforma social o política e incluso de organizar a las masas, aunque no fuera más que para asegurar sus vidas en las condiciones de la guerra civil.

En realidad, si los dirigentes de la OLP y los de la izquierda libanesa hacían frente común, era no solamente en tanto que adversarios comunes de la derecha cristiana, sino también por tener la misma hostilidad en cuanto a la organización de las masas populares.

También en ese sentido existía la posibilidad para la izquierda del movimiento palestino y para la izquierda de la «izquierda libanesa» de defender otra política, de estar con las masas populares. Pero del lado libanés, el Partido Comunista Libanés no defendió una política diferente de la de Kamal Joumblatt. Y del lado palestino, el radicalismo de la izquierda palestina se manifestó solamente por una cierta sobrepuja militar. La izquierda palestina afirmó también más netamente la necesidad para los Palestinos de aliarse a la izquierda libanesa. Mientras que el «Fatah» y Yasser Arafat buscaban todavía evitar meterse en el conflicto, la izquierda pa-

lestina predicaba la alianza de principio con los partidos «progresistas» libaneses.

En realidad, el pseudo radicalismo de la izquierda palestina escondía, no un radicalismo social, sino solamente una propensión más grande a tomar partido, en el interior de los Estados árabes, por tal o cual grupo de tal o cual Estado calificado de «progresista»: propensión, en suma, a optar por el campo de la pequeña burguesía radical pero nunca el de la clase obrera y el de las masas populares.

LA SOBREPUGA MILITAR

La izquierda palestina, no optando por representar un mayor radicalismo que la dirección de la OLP puso, más a menudo, su radicalismo en el terreno de la sobrepuja militar. Varias veces se opuso a las concesiones hechas en el terreno diplomático, por la dirección de la OLP, y las denunció como inadmisibles.

Es así que después de la guerra israelo árabe de 1973, la perspectiva de la creación de un Estado palestino en Cisjordania y en Gaza llegó a ser una de las eventualidades desde el punto de vista diplomático. Esto implicaba que la OLP dejase de lado, por lo menos provisionalmente, la perspectiva inscrita en su programa, de la constitución de un Estado palestino incluyendo al territorio israelí. Una escisión profunda dividió entonces al movimiento en dos. Por un lado, los que aceptaban aquella perspectiva: el «Fatah», la «Saika» pro siria, a los cuales se juntó el FDLP. Por otro lado, el «Frente del Rechazo» que reagrupaba el FPLP, el FPLP-Mando General de Ahmed Jibril, que procede del primero, y otras organizaciones de menor importancia. El «Frente del

Rechazo» se opuso a lo que consideraba como una capitulación. Y más recientemente también, el «Frente del Rechazo», al cual se ha juntado esta vez el FDLP, se ha inquietado de que la dirección de la OLP tolerase la presencia de las tropas de la ONU en el Sur-Líbano.

Pero, incluso en este caso, la izquierda palestina no proponía una política de recambio. Proponía seguir las operaciones militares contra Israel mientras que la dirección de la OLP consideraba más razonable paralaras. Proponía recurrir al secuestro de aviones y de personas, mientras que la OLP pensaba que éstos no mejorarían su situación internacional. La sobrepuja militar era incapaz de cambiar las correlaciones de fuerzas en el sitio mismo. Pero en cambio, las operaciones como los secuestros de aviones, a los cuales numerosos grupos palestinos recurrieron, y cuyo iniciador fue el FDLP en 1970, mostraron rápidamente que se volvían en realidad en contra del pueblo palestino.

Además, la izquierda palestina no fue la única en optar por esta sobrepuja, ni mucho menos. Así en 1972-73, cierto número de organizaciones clandestinas —«Septiembre Negro» siendo la más conocida— organizaron secuestros de aviones y de personas, incluso el secuestro de los atletas israelíes, durante los juegos olímpicos de Munich. Sin duda revelaban la desesperación política de una parte de la juventud palestina. Pero sobre todo mostraban, extremándolo, lo absurdo y la ausencia de perspectiva de aquella sobrepuja militar.

¿ QUE SALIDA ?

Hoy, al cabo de diez años de represión contra los Palestinos, es todavía imposible prever si, dentro

de un porvenir cercano, un reglamento diplomático intervendrá, y muy en particular si permitirá la creación de un Estado palestino bajo cualquier forma... Pero la situación traza exactamente el contorno político de tal Estado en caso que naciera...

Sin duda, a pesar de todas las adversidades, de todas las matanzas que padeció, el pueblo palestino ha mostrado que sigue luchando y animando organizaciones nacionalistas cuya representatividad no se puede contestar. Y en último análisis, es eso lo que ha permitido a la OLP preservar la posibilidad que en una u otra etapa del reglamento diplomático, los Estados árabes e incluso Israel acepten otorgarle un poder estatal en una porción del territorio que reivindica.

Pero eso, indica también todos los límites de lo que la creación de un Estado palestino, sobre la base del acuerdo entre el imperialismo y los Estados árabes buscado por la OLP, daría a los Palestinos : un Estado por cierto, pero un Estado sin verdadero poder que estaría bajo el severo control de los ejércitos israelíes, sirios, y otros, y en cuyo seno la misma OLP siendo entonces gobierno palestino, procuraría que el pueblo palestino aceptara su condición de miseria apenas mejorada.

En cuanto a la política de la izquierda de la OLP, o a la que llevaron a cabo los grupos terroristas desesperados como «Septiembre Negro» u otros, ha revelado que no era fundamentalmente diferente de la seguida por la dirección de la OLP, y en todos casos que no ofrecía otras perspectivas, capaces de sacar al pueblo palestino del impase trágico en el cual se encontraba. Ha mostrado que los dirigentes de la izquierda palestina, tenían al igual que la mayoría de la OLP, miedo de

la movilización de las masas palestinas y árabes para sus propios intereses, aunque fuese en nombre del nacionalismo árabe. Temían ellos también, al llevar a cabo otra política, favorecer la unión de la rebelión de todos los explotados del Medio Oriente, contra los dirigentes sionistas e imperialistas, claro está, pero también contra los dirigentes de los Estados árabes.

Sin embargo este camino es posi-

ble. Pero sólo una política proletaria, una política de clase, puede llevar hacia él. Es la única política capaz de ofrecer perspectivas a las masas palestinas pero también a las masas israelíes y árabes ; otra perspectiva que la de las guerras y las represiones sin fin, miseria y dictadura, y de vez en cuando reglamentos diplomáticos cojos, sobre la base del mantenimiento del «statu quo» imperialista en la región.

ESPAÑA : Comisiones Obreras al cabo de un año de existencia legal

Del 21 al 25 del pasado mes de junio, ha tenido lugar en Madrid el primer congreso legal de la Confederación Sindical de Comisiones Obreras. Fue un congreso sin sorpresa, pero, sin embargo, significativo de la evolución que va experimentando Comisiones Obreras desde su legalización, hace apenas más de un año. Es tanto más necesario comprender esta evolución que hoy, Comisiones Obreras constituye por su influencia como por su papel político, la más importante confederación sindical de España.

Las elecciones sindicales de la pasada primavera han constituido, en efecto, una victoria indiscutible para Comisiones Obreras. Es por cierto difícil medirla con precisión, pues las cifras publicadas por las diferentes organizaciones rivales, por una parte y, por el gobierno por otra, difieren un poco. Pero ninguna estadística pone en duda la realidad de la victoria de Comisiones Obreras a la que parecen pertenecer casi la mitad de los delegados de empresa elegidos en toda España, mientras que la UGT (Unión General de Trabajadores abiertamente vinculada con el Partido Socialista), llegada en segunda posición, ha conseguido menos del cuarto de los votos, y mientras que

USO (Unión Sindical Obrera, reclamándose del «socialismo autogestionario»), en tercera posición, ha conseguido menos del 25 % de ellos.

Además las elecciones sindicales no sólo han clasificado Comisiones Obreras lejos ante sus rivales socialdemócratas, UGT y USO. Sino que han puesto también en evidencia el carácter marginal de sus rivales de extrema-izquierda. Las dos confederaciones «unitarias» rivales creadas por maoistas (CSUT y SU) han conseguido juntas, menos del 5 % de votos. En cuanto a la CNT anarcosindicalista, que oficialmente boyoteaba esas elecciones, pero que presentaba sin embargo bastantes candidatos, parece haber obtenido resultados del mismo orden que las centrales maoistas, aunque lo ambiguo de su posición dificulte su interpretación.

Pero estas elecciones sindicales no han sido solamente un éxito para Comisiones Obreras. También lo han sido para el Partido Comunista quien, aunque negando hacer de esta confederación su correa de transmisión, la controla de hecho. Este éxito fue tanto más apreciado que los resultados de las elecciones políticas de junio de 1977, habían

sido mediocres para el PCE, y que explica en gran parte sin duda, el ascenso de los «hombres de Comisiones» en el seno de la dirección del PCE, que se ha podido observar hace algunas semanas durante el congreso de ese partido.

Entonces, para los que aún dudaban, la Confederación Sindical de Comisiones Obreras ha aparecido después de estas elecciones sindicales, a la vez como la confederación que influye a la mayoría de los trabajadores en España, y como la que organiza a la mayoría de los trabajadores combativos.

Pero estas Comisiones Obreras han evolucionado profundamente durante los dos últimos años. Fundamentalmente, no son, claro está, ni más ni menos reformistas que antes, ya que no han sido nunca otra cosa. Pero sus prácticas organizacionales, las reivindicaciones que defienden, el tipo de acción que preconizan, su actitud durante las huelgas, todo eso se ha modificado insensiblemente, por la voluntad de sus dirigentes de transformar los sindicatos nacidos en la clandestinidad (y a los que la burguesía y su Estado negaba entonces el mero derecho a la existencia) en una confederación colaborando con la burguesía y su Estado, al ejemplo de todos los sindicatos reformistas en todos los regímenes parlamentarios.

Pues la clandestinidad en la cual a fines de los años 50 nacieron y se desarrollaron hasta la primavera de 1977 Comisiones Obreras, no sólo obligaba a que los militantes disimularan más o menos por completo sus actividades a la policía. Sino que también seleccionaba otro tipo de militantes. Y también imponía formas de luchas, y relaciones con la clase obrera diferentes de las que suelen tener los sindicatos reformis-

tas de los países en que la burguesía ejerce su dominación mediante un sistema parlamentario.

La huelgas intermitentes, las luchas que sólo conciernen a un número limitadísimo de trabajadores, no tenía lugar en la España franquista. La represión patronal y policiaca obligaba a tomar muy en serio las luchas reivindicativas. Obligaba a que los militantes en la clandestinidad midiesen previamente y a lo largo de las luchas, la combatividad de los trabajadores, a que fuesen atentos a sus aspiraciones, a comprobar sin cesar que estos trabajadores les seguían, todo eso so pena de fracasos graves de consecuencias. Procede de aquello la tradición de asambleas obreras aprobando, sino tomando, todas las decisiones importantes a lo largo de las luchas, tradición a la cual la clase obrera española sigue atribuyendo mucho valor.

Por último, mientras que las centrales sindicales reformistas de los países con parlamentarismo burgués atraen a ellas no solamente a trabajadores deseosos de luchar por su clase, sino también a gente atraída por las ventajas materiales que les pudiera conseguir el pertenecer a un sindicato colaborando con la burguesía, los hombres de Comisiones Obreras al contrario no tenían en el inmediato ninguna ventaja personal posible que esperar por su actividad, ni sinecua en un Comité de empresa, ni puesto de permanente que les permitiera escapar a la explotación. Claro está que la mayor parte de ellos había sido formada a la escuela del reformismo estaliniano. Y un buen número de ellos, especialmente a nivel de la dirección, militaban concientemente con la esperanza de poder un día, desempeñar el mismo papel en España que la CGT en

Francia o la CGIL en Italia. Pero aunque las Comisiones Obreras clandestinas eran ya un sindicato reformista, no constituían ya un aparato burocrático.

Todo eso no ha desaparecido de repente con la legalización, sino que constituye una herencia que molesta a la dirección de Comisiones Obreras, la cual se esfuerza en suprimirla poco a poco.

Desde su legalización, Comisiones Obreras se ha en efecto comprometido en una política de «consenso», según su propia expresión. Claro, Camacho afirma que *«la política de consenso ahora, como la de reconciliación nacional antes, no es una política de reconciliación de clases . . . por el contrario . . .»* Pero en la práctica, esta política ha consistido en sostener los acuerdos de la Moncloa, firmados hace casi un año por el gobierno y el conjunto de los grandes partidos políticos españoles (incluso el PCE), que han establecido sin verdadera contrapartida el bloqueo relativo de los salarios. Y si Camacho, después de multiplicar los mítines para defender estos acuerdos, hace hoy en día declaraciones críticas, no las hace porque siente haberlos firmado sino para quejarse de que el gobierno y la patronal no han cumplido sus compromisos.

Además, la dirección de Comisiones Obreras no propone otra cosa sino perseverar en el mismo camino. En el congreso de Madrid, Camacho, después de recordar que el pacto de la Moncloa expira en 1978, ha defendido la idea de un programa económico de larga duración, de tres o cuatro años, que se habría de negociar con el gobierno. *«No podemos decir a los trabajadores en paro que esperen a que venga el socialismo,»* se exclamó durante el mitin de clausura. *«Por eso CCOO dice a los trabajadores que, aun*

siendo necesario defender el nivel de vida, hay que apoyar un plan de solidaridad nacional que haga que todos los parados puedan comer, y después un plan de reconversión para que todo el mundo tenga trabajo.» Y como medida concreta, ha propuesto al congreso que *«cada asalariado dé el valor de una hora de trabajo por semana y las empresas, dos, para conseguir el dinero necesario»*. Lo que tendría como resultado que sólo pagarían los asalariados, ya que los patrones, por su parte, podrían en todo caso repercutirlo en sus precios.

Lo que la dirección de Comisiones Obreras llama el «consenso» consiste nada menos que en hacer aceptar la austeridad a los trabajadores en nombre de un supuesto reparto de los sacrificios. Claro, esto corresponde a la política del PCE, quién desde su legalización se empeña en demostrar a la burguesía española que la mejor solución para ella, frente a la crisis, sería un gobierno de unión nacional en el que él participaría, y no deja de multiplicar sus pruebas de buena voluntad. Pero Comisiones Obreras prosigue también sus propios objetivos defendiendo la idea de una colaboración necesaria entre el gobierno y la patronal.

La legalización no ha bastado en efecto en transformalas en el equivalente de las grandes centrales reformistas de los países instalados desde hace mucho en el parlamentarismo, en donde los aparatos burocráticos viven de las ventajas que les concede el Estado burgués. Y es la instauración de tal sistema en España, a la que aspiran los dirigentes de CCOO.

Sin embargo en este terreno, lo menos que se puede decir es que la burguesía española se hace de rogar. La ley de «acción sindical», actualmente discutida en las Cortes,

ha sido enmendada por la derecha (incluso los diputados de UCD, el partido gubernamental) en un sentido menos favorable a las proposiciones gubernamentales. *«El Comité de Empresa pierde casi todas sus atribuciones y queda relegado en la mayoría de los casos a ser meramente informado de lo que haga y deshaga la dirección, deploraba en su número de junio la Gaceta de derecho social (mensual de CCOO)... Los diputados de la UCD votaron en la comisión de trabajo contra el propio texto del gobierno que recogía 40 horas al mes (igual que en el vertical) como tiempo disponible para ejercer la actividad sindical los miembros de comités y delegados de personal. Por último, las secciones sindicales quedan inexistentes en la práctica : sólo se podrán construir en empresas de más de mil trabajadores, con lo que el 90 % de los centros de trabajo del país quedan excluidos.»*

Los dirigentes sindicales españoles aparacen tan amargados ante la incomprensión de la derecha a su respecto, que el semanal de izquierda *Cambio 16* ha titulado recientemente un artículo : *«Un año de relaciones gobierno-sindicatos : seducidos y abandonados».*

Pero esta actitud del gobierno y de la derecha está lejos de inducir a los dirigentes de Comisiones Obreras a que den muestras de firmeza. Si la primavera se distingue por toda una serie de luchas, con motivo de la renovación de un gran número de convenios colectivos, los dirigentes de CCOO (como los de las demás confederaciones reformistas, claro está) han puesto a punto una sabia orquestación para impedir que esas huelgas confluyeran en una lucha general. La preparación del congreso de CCOO ha sido además la ocasión de teorizar este tipo de luchas. He

aquí por ejemplo lo que decía el informe presentado por la dirección al congreso de Comisiones Obreras de Cataluña, en el pasado mes de mayo : *«Las huelgas, que son la forma más elevada de lucha obrera, no deben ser indefinidas especialmente en nuestra coyuntura actual, sino de una duración fijada antes de su inicio. Huelgas de unas horas, de uno o dos días, a las cuales debe seguir un período más o menos largo, de asambleas en los centros de trabajo, asambleas generales de trabajadores de una o varias empresas, asambleas de delegados, del ramo, de afiliados a Comisiones Obreras, concentraciones, manifestaciones ; y en función de negociaciones, plantearse una nueva huelga de las mismas características... sobretodo, en puntos conflictivos, utilizarse el voto secreto... Tendríamos que desterrar la idea de que con huelgas indefinidas iremos imponiendo derrotas a la patronal.»*

Es evidente que en estas condiciones, la tradición asambleísta de la clase obrera española constituye un serio obstáculo para los dirigentes sindicales. Y si el informe que acabamos de mencionar no excluye la organización de tales asambleas, es porque no es posible oponerse abiertamente a esta tradición. Los dirigentes de CCOO y del PCE son particularmente concientes de esto. Así planteaba uno de ellos el problema en el número 94 de *Nuestra Bandera* (revista política y teórica del Partido Comunista de España) :

«... está apareciendo el fenómeno, en nuestros militantes, de estar a la defensiva, algunas veces, en la asamblea, y este fenómeno se está produciendo, bajo mi punto de vista, porque ya la asamblea de hoy es distinta a la de ayer ; la de ayer era ilegal, por tanto, de muy poca duración, era una asamblea casi

exclusivamente dirigida a realizar una acción inmediata, donde había poca información, poco debate por estas causas. Hoy, la asamblea es legal, participan más trabajadores, los nuevos destacamentos, que antes no han luchado, participan en ella, son nuevos, son jóvenes, muchas siglas actúan en ella, hay más tiempo para debatir, para discutir...

Nuestra Bandera no ve evidentemente con buena cara que los trabajadores puedan tomar la palabra en esas asambleas: «A lo mejor, el que chilla no representa a nadie, sólo a sí mismo, a las siglas de su partido, no a los trabajadores...» pero comprobando que: «ante ese fenómeno de confusión, de desbordamiento» algunos militantes «tienden a reducir la asamblea», Nuestra Bandera afirma que a estos militantes «había que decir un no rotundo». Y para que nadie pueda tomar este «no» por un fomento a la democracia obrera, Nuestra Bandera prosigue con esta lección de burocratismo aplicado: «Lo único que pasa es que hay que prepararla mejor, hay que organizarla mejor... la palabra hay que darsela a quien representa a alguien perfectamente identificado... habrá que hablar en nombre de secciones de número de trabajadores, dar la palabra a los delegados que han salido en las elecciones y evitar en todo momento ese peligro de desbordamiento de CCOO.»

Esta actitud cada vez más francamente burocrática contrasta con el carácter abierto que había intentado darse CCOO en visperas de su legalización. Pretendían estar entonces a favor de un «congreso obrero

constituyente», que permitiría la formación de una gran confederación única, abierta a todas las corrientes sindicales y políticas de la clase obrera. Es verdad que los dirigentes de Comisiones Obreras defendían tanto más fácilmente esta política que sabían que los de la UGT, concientes de que serían minoritarios en tal formación, nunca aceptarían dicha proposición. Pero que esta política unitaria haya sido defendida de buena o de mala fé, el caso es que ha sido defendida frente a casi todas las corrientes del movimiento obrero español. El resultado de las elecciones sindicales ha permitido a los dirigentes de Comisiones tomar sus distancias con relación a las confederaciones que deseaban situarse a su izquierda, y privilegiar sus relaciones con la UGT. «Al elegir mayoritariamente a CCOO» escribe Nuestra Bandera en su número ya mencionado «los trabajadores han apoyado la opción unitaria que defendemos. Al colocar destacada detrás a UGT han señalado por donde pasa la unidad.» E, interrogándose sobre las futuras relaciones entre Comisiones Obreras y las confederaciones «izquierdistas», el redactor de Nuestra Bandera escribe: «Cabe plantearse si en el proceso hacia la unidad es correcto colocar en un mismo plano a todas las siglas, ya que al dar entidad equivalente a las que tienen base de masas y a las que no, lo que puede propiciarse es la afirmación del pluralismo (. . .) es una contradicción que la expresión de la voluntad de los trabajadores sea deformada por las centrales mayoritarias, otorgando una personalidad a quien carece de ella.»

Pero aunque Nuestra Bandera anuncie así una política de desdén de Comisiones Obreras con respecto a las centrales «izquierdistas», no

quita toda perspectiva a los militantes de estas últimas : *«Lo coherente sería que quienes a si mismos se llaman unitarios y buscan tener incidencia en el sindicalismo, reconsideren si lo mejor es seguir intentando una inútil búsqueda de base más amplia fuera de las formaciones que van a contar en el país o, por el contrario, es más beneficioso para el movimiento obrero el ensanchar las filas de los que militan en los grandes sindicatos.»*

Esta discreta invitación a elementos «izquierdistas» puede sorprender, en un período que es, incontestablemente, un período de mayor control de Comisiones Obreras por sus dirigentes.

Además, quizá no es que mera hipocresía. Pero no cabría creer que esta operación de control, se acompañe de una guerra abierta a los que se reclaman de las ideas revolucionarias. La prueba está en el hecho de que al lado de los representantes del Partido Comunista, del Partido Socialista y del Partido Carlista, fueron invitados a asistir al congreso de CCOO delegaciones del Movimiento Comunista (maoista) y de la Liga Comunista Revolucionaria (sección española del secretariado unificado de la cuarta internacional).

Esta actitud en efecto no está en contradicción con la voluntad manifiesta de los dirigentes de Comisiones, de acentuar su control en el sindicato, y de establecer en éste un verdadero aparato. Estos dirigentes combaten en efecto mucho más a los militantes que se oponen en los hechos a los procedimientos burocráticos, que a los izquierdistas cuyos deseos de hacerse reconocer por las direcciones reformistas pasan antes que la lucha contra la burocratización creciente de Comisiones y su política de colaboración abierta con el gobierno y la patronal.

El movimiento estalinista en España (que sea en el plano político como en el sindical) cuenta en su filas suficientes militantes e incluso cuadros conocidos procedentes de ciertos movimientos izquierdistas (particularmente maoistas) para no temer en si la presencia eventual de aquellos, en las filas de Comisiones Obreras.

Evidentemente, eso no significa que no se pueda asistir, en el período que viene, a aislamientos, exclusiones, tanto de militantes revolucionarios como de militantes obreros formados en la escuela del reformismo, pero negándose a ensalzar los acuerdos de la Moncloa y a inclinarse ante las costumbres cada vez más burocráticas impuestas en el seno de Comisiones. Claro, formalmente, los estatutos de Comisiones Obreras son mucho más democráticos que por ejemplo aquellos de la CGT francesa. Reconocen el derecho a la existencia de corrientes distintas que deben ser representadas, a la proporcional, en los diferentes órganos de dirección. Pero en otros puntos, los dirigentes de CCOO que no han tenido que embarazarse de viejos estatutos formalmente democráticos, han adoptado de entrada reglas de funcionamiento sometiendo a cualquier opositor que les molestara verdaderamente a su merced, prácticamente sin recurso posible. Así, en los estatutos, las Comisiones Obreras prevén que las exclusiones serán decididas por una comisión de conflictos elegida directamente por el congreso . . . lo que significa en claro que ni el sindicato ni la unión local a los cuales pertenece el interesado tendrán la posibilidad de expresarse a ese respecto. Estos estatutos han sido ya utilizados.

Pero, sin duda alguna, aun más numerosos que los excluidos, son y

serán los militantes y los trabajadores a quienes los procedimientos cada vez más burocráticos de Comisiones Obreras conduciran fuera del sindicato. Después de la gran ola de sindicalización que ha seguido la legalización de los sindicatos obreros, a principios del pasado verano, y durante la cual se ha visto a los trabajadores hacer literalmente la cola a las puertas de las uniones locales recientemente abiertas para adherir, ha llegado ya la hora del desencanto. La firma de los acuerdos de la Moncloa ya había inquietado a muchos trabajadores (y numerosas oposiciones a esta firma se han expresado abiertamente en el seno de Comisiones). La degradación de la situación económica de la clase obrera, la ausencia de resultados de la ola de huelgas de la última primavera (aisladas las unas de las otras por la voluntad de las direcciones sindicales) ha decepcionado a muchos. Sin contar que el sentido de los conflictos más o menos abiertos que se desarrolla en el seno de CCOO entre los autores de la burocratización creciente y aquellos que se oponen, no es perceptible para muchos trabajadores.

El desafecto arriesga de hacerse sentir tanto más que no es visiblemente esto que conducirá la dirección de Comisiones a cambiar de actitud. Todo su esfuerzo tiende a establecer un aparato cada vez más poderoso y no a organizar a los trabajadores. Los permanentes de toda especie (uniones locales, federaciones, etc.) se multiplican (entre el 15 de noviembre de 1977 y el 31 de marzo de 1978, el asiento «salarios» de los permanentes de Comisiones de Cataluña había cuadruplicado). Pero mientras que en la mayoría de los casos, Comisiones Obreras no existe verdaderamente que a nivel de la unión local, y no tiene una exis-

tencia real en las empresas (hecho reconocido por la prensa de Comisiones Obreras y del PCE), la dirección de Comisiones reivindica la posibilidad de negociar con las empresas acuerdos obligando a éstas retener directamente las cotizaciones en la paga de los obreros sindicados y entregarlas al sindicato, lo que es quizá un buen remedio para recoger dinero, pero no es seguramente un medio de dar realmente vida a las organizaciones sindicales en el seno de la empresa.

Evidentemente esta evolución de CCOO no debe sorprender, pues estaba inscrita en la lógica de las cosas (y si no hemos hablado de la UGT, es porque casi no existía antes de la muerte de Franco). Pero su rapidez muestra hasta que punto se ilusionan todos los que piensan que si los aparatos burocráticos no existieran, el carácter revolucionario de la clase obrera se manifestaría a la luz del día cuales quieran que fuesen las circunstancias.

Si por una razón u otra los aparatos burocráticos no existieran, volverían a formarse a toda velocidad, pues el ejemplo de España muestra que si en los antiguos países de parlamentarismo esos aparatos proceden de una evolución que duró decenias, en los demás, pueden formarse en algunos meses tan burocratizados, y eficaces. En realidad, no hay más que un período de asenso revolucionario de las masas que se puede esperar ver a estos aparatos quebrados o reducidos a la incapacidad. En las demás circunstancias, la «espontaneidad» les favorece pues no son un accidente de la historia sino que corresponden a las condiciones de nuestra época.

Lo que no dispensa a los militantes revolucionarios de oponerse en la medida de sus posibilidades a la influencia de aquellos sobre la clase

obrero y sus organizaciones. Al contrario, deben de combatirles políticamente pues es la única vía que permitirá preparar a la clase obrera para sus futuras luchas, luchas en

las cuales tendrá que enfrentarse no sólo con la burguesía, sino también con los agentes de ésta en el mundo del trabajo : que son los aparatos reformistas.

NOTE TO ENGLISH READERS

This journal is unusual in that it is bilingual. When read from this end, it is in English, from the other end, it is in Spanish.

Most of the articles have been written in French first, and have then been translated into English. We apologize for any inadequacies of translation.

To avoid difficulties, start from this page and read the right-hand pages only (the Spanish text appears upside down on the left-hand pages).

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor : Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P. 233
75865 Paris Cedex 18

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE: Ordinary: FF 50 Closedmail: FF 75

ABROAD:

-By train or boat, all countries:

Ordinary: FF 50 Closedmail: FF 100

-By air:

Ordinary:

Europe and DOM: FF 60

North Africa and

Middle East: FF 65

TOM, America, Africa,

ex-Indochina: FF 70

Oceania, Asia: FF 80

Closed mail, for all countries:

Apply to us to have the tariffs.